



Núm. 9.º — Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes.

2 MARZO 1878.

Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVIII.

SUMARIO.—Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda. —Trajes elegantes para salon. —Cuerpo con postillon. —Cuerpo breton. —Camiseta plegada. —Vestido princesa para jovencita. —Vestido con doble cuello para niña. —Vestido para baile. —Otro vestido rico para baile. —Cuello y puños de encaje. —Abanico y mitones de encaje. —Vestido para corte. —Vestido con manto de corte. —Peinados para baile. —Collar y corona para baile. —Puntilla de crochet y trencilla Cluny. —Arandela para pie de lámpara. —LITERATURA:

Dante Alighieri por Emilia Torres y Calé. — A los poetas españoles, poesía, por J. F. Sanmartín y Aguirre. —Realidad, poesía, por Joaquina Balmaseda. —Una sonrisa del alba, por María Antonia González de G. —El bálsamo de las penas, por Angela Grassi. — Las fotografías de Julia, por Miguel Martínez Ginesta. —Charadas. —Explicación del figurín 1.304.

REVISTA DE MODAS.

La proximidad del carnaval hace que las fiestas se multipliquen; y lo mismo aquí que en París trajes de salon son los únicos de que se ocupan grabados y revistas: gasas céfiro de todos colores sembradas de flores naturales que parecen debidas al pincel de un maestro, y realizadas con semillas, con troncos ó botones de oro, son las que sirven generalmente de fundamento ó de accesorio en todos los trajes, porque ellas constituyen la novedad de la estación. Blancas, rosas, azul ó verde en tonos pálidos, son las indicadas para las jóvenes que se lanzan y confunden en el torbellino del baile; pero para las señoras serías que acompañan á las jóvenes á los bailes sin tomar parte en ellos, hay este mismo género de flores sobre fondo negro ó fondos oscuros tan severos como distinguidos. Una de estas telas ó granadinas cañamazo de fondo marron, sembrada de *bleuets*, florecillas silvestres azules que dejaban escapar de su cáliz largas hebras de oro terminada por una perla trasparente cada una, ha llamado la atención en un salon de París, resolviendo el difícil problema de la elegancia seria, lo verde oscuro con sembrado de flores de colores ó esta misma combinación en volantes ó cenefas de colores como adorno de trajes de faya, son de una elegancia sin igual, así como la misma tela floreada en echarpes sobre un traje más serio.

Las tarlatanas sembradas de oro ó de plata, y las brochadas lo mismo que las ricas sederías, hacen gran papel ya solas ya combinadas con otra tela en bullones ó echarpes terminados por grandes flecos rizados, ó ruches de gasa ó de tul, ó deshilados de seda que despues de rizados imitan la pluma.

El lujo de las sederías brochadas y los terciopelos frapées (cortados) toca en su apogeo y entre los tejidos ricos se habla de un *moiré* á listas de raso sembrada la raya *moiré* de florecitas de colores que reúne en una sola tela cuanto rico y suntuoso permite en varias la moda actual. Para dar á esta tela la ligereza que necesita como vestido de baile, la gasa *chambré* se asocia con ella en el mismo tono que uno de los de la raya.

Los cuerpos se hacen invariablemente, de forma princesa, unas veces con plaston por delante, otras figurando éste por los adornos pero no empzando los de la falda sino á la mitad, esto es, dejando enteramente libre el busto. Como cuerpo para traje de baile se ha inventado



1. Y 2. TRAJE PARA SALON.

para jóvenes una coraza abierta (justillo), haciéndose con ella los costadillos de la tela de la falda y los centros de espalda y pecho de raso de otro color cerrado el cuerpo á un lado de este peto ó plaston con botones de piedras finas ó falsas: el cuerpo carece de hombro y un fichú aldeano guarnece á pliegues el escote y baja á formar una pequeña manga.

Pasando de los vestidos de baile á los vestidos de mañana, reseñaré un vestido de novedad tomado de las últimas noticias que recibo de París: es un tejido musgo

ardores del sol? Nueva estación nuevo modelo, y para entonces habrán ya sufrido modificación las hechuras de nuestros sombreros; por el momento el *fanchon* con bridas y las guirnalda, adornan todas las cabezas femeninas: se harán muchos de fondo bullonado como sombreros de primavera con ala lisa y ruche debajo del ala: grandes retorcidos, hebillas, broches y alhajas fijarán en estos sombreros los grupos de plumas ó de flores y las grandes plumas guarneciendo el fondo de los sombreros bullonados, son de gran distinción. Algunos fieltros blan-

gris oscuro con borra de seda marron, grana y verde liquen; el delantero se abre en chal y una estola de terciopelo verde se pierde bajo las dos puntas vueltas de los delanteros dejando ver un delantal de terciopelo verde: mangas entre anchas cortas para que puedan terminar los plegados de muselina á la mano, adornando por detras el vestido otro centro de terciopelo que termina con gran tabla en la cola. Otro de *chemir* gris azul cierra por delante en todo su largo con picos á los dos bordes que al cerrarse con un boton dejan ver un plaston de muselina primorosamente plegado, adornando el vestido alrededor almenas ribeteadas de blanco como los picos que descansan sobre un volante á tablas: plegados de muselina al escote y puño.

Como salida de cama, ó sea vestido más íntimo de ménos pretensiones, propio para personas delicadas, hay un atavío que no ciñe tanto como el vestido y es más de vestir que el peinador. Es un paletot que completa una falda abierta sobre otra de muselina con plegaditos en forma de delantal y la parte exterior ó sea la falda y paletot en cachemir azul, rosa pálido ó gris ceniza: si quiere darse mayor sello de elegancia á este traje, el delantero derecho del paletot se continua en una gran punta ó echarpe que se guarnece de fleco, cruzándole sobre el hombro izquierdo donde se sujeta con un lazo. En Francia acompaña invariablemente al traje de mañana la cofia de encajes, ya adornada con cintas de color ya con plegaditos menudos de batista ó de gasa. Entre nosotros suelen reemplazar á las cofias las lindas redecillas con cintas de colores.

Respecto á sombreros poco nuevo pero mucho variado en tipos ya conocidos. Hemos vuelto al género *fanchon*... ¿qué será de las bellas en los rigores del estío si continúan los sombreros tan pequeños? cómo resguardarán su rostro de los

cos se ven todavía en teatros y conciertos, pero el sombrero de primavera será el de faya, tourquoise, y granadinas brochadas, combinadas con faya de los tonos más dulces.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJE PARA SALON.

Este elegante vestido va presentado de dos maneras distintas en el grabado; y con la túnica que sale de la cintura, recogida también de dos distintos modos. Un plegado á conchas de encaje subiendo de abajo á mitad de falda, oculta la costura de los dos paños de atrás, y adorna el centro de la cola, montándose uno de estos paños en el talle con gran tabla y recogida en pouf por frances atravesados, mientras el otro que es menos largo, se drapea como indica el núm. 1. Cuerpo coraza escotado y abrochado por detrás con trencilla. El núm. 1 es de seda brochada con adornos de encaje chantilly y galones negro y oro, y el núm. 2 de faya raíz de lirio con encajes blancos duquesa y lazos de raso del color de la tela.

3. PUNTILLA DE CROCHET Y TRENCILLA CLUNY.

Alternando, puntos dobles y cadenetas graduadas y enganchadas en los picots de la trencilla, se obtienen las ondas que muestra claramente nuestro dibujo; una hilera de barras separadas por un punto liso entre sí, forman la vuelta del pié.

4 Y 5. PEINADO PARA BAILE.

Si los cabellos son bastante largos, será fácil de componer este peinado sin postizos; si no habrá que añadirle la trenza que se coloca en diadema. Nuestros grabados presentan el peinado por delante y por detrás, partiéndose los cabellos por detrás atravesados, para dejar pelo para los dos bucles que cuelgan, rodeando el resto de los cabellos con crepé para fijarlos con una peina ó con una diadema de trenza postiza. Un ramo de flores adorna además este peinado.

6. CAMISETA PLEGADA.

Es muy útil para cubrir un escote demasiado abierto, y la componen bieles en escala rodeados de un biés y plegado de crepon de color; los delanteros y espalda van cortados aparte y reunidos con costura en el hombro. Lazo y flor en el pecho.

7 Y 8. COLLAR Y CORONA PARA BAILE.

Para completar un elegante traje de baile, ofrecemos modelo de una corona de rosas con capullos, miosotis y hojas con polvo de oro; collar de cuentas luz de luna con ramo de flores iguales en el centro.

9. CUERPO ALTO CON ALDETA POSTILLON.

La parte de adelante es de forma de coraza, y las espaldas terminan en punta postillon con plegado al borde y presillas de pasamanería en la costura; correspondiendo este cuerpo á un vestido de dos telas, lisa y rayada, el plegado á tablas se hace de la tela rayada, con las tablas siempre de un color, y lo mismo en el plegado que rodea el cuello. Lazos de cinta del color más claro.

10. CUERPO BRETON.

Es para vestido de terciopelo, con delantal y plaston en el cuerpo de faya, sobre el que cruzan bieles de terciopelo velados por encajes blancos; otro encaje va por el borde del cuerpo y adorna la manga. Los bieles van todos viveados de faya.

11 Y 12. VESTIDO CON DOBLE CUELLO PARA NIÑA.

Córtase por el patron de un vestido princesa, y el número 11 es de cachemir oscuro con plegados de 2 centímetros, de seda igual color, mientras el núm. 12 es de terciopelo azul oscuro, orillado de seda azul claro. El borde inferior de los delanteros se corta en almenas sobre un plegado de faya, y una tira al hilo de 13 centímetros de anchura y á grandes pliegues, completa el largo por detrás con echarpe plegado encima y sujeto por lazos en los extremos. Manga de faya en el primer modelo y de terciopelo en el segundo, con doble cuello, forradas de lino y orilladas de faya.

13 Y 14. VESTIDO PRINCESA PARA NIÑA.

Estos grabados presentan un vestido de forma princesa con delantal en todo su largo (plaston), y formando

por detrás dobles pliegues, que quedan libres desde el busto y van cubiertos de galones perlados. El núm. 13 es un vestido de cachemir habana con plaston, mangas plegadas y bieles de seda del mismo color, y el 14 todo de cachemir azul marino con echarpes y ribetes azul claro y galon bordado de cuentas luz de luna.

15. ARANDELA PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Córtase un círculo de terciopelo cortado de 28 centímetros de diámetro, bordadas ramas y flores en todos sus contornos con seda y oro, forrándole de un carton y seda por el otro lado, y guarneciéndole de pluma rizada.

16 Y 17. VESTIDOS PARA BAILE.

Ambos son de forma princesa; el primero de tarlatana rosa con ruches de tarlatana de 7 centímetros de ancho, colocados en volantes unos sobre otros. La drapería que forma túnica, es de la misma tela con lama de plata, y un sólo paño atravesado y recogido con pliegues, descendiendo por detrás sus puntas sobre la cola, sujetas por rosas. Ruches y plegados más estrechos con terciopelitos negros á la pegadura, forman el plaston de adelante y adorno de escote y manga.

El segundo, núm. 17, es también de forma princesa y varía en el escote cuadrado; es también de tarlatana brochada de plata y seda, cortada la parte de encima por cualquiera de nuestros patrones de forma princesa. La falda es de seda blanca con plegados de tarlatana, y la túnica lleva cortaduras por abajo orilladas de ruches, y que se abren para dejar ver el adorno de falda, sujetándose sobre ella con grupos de flores; la drapería plegada y guarnecida de ruches, es de faya blanca con encaje al pié, terminando por detrás con lazo de faya y tarlatana, repitiéndose ambas telas en los bieles de la berta.

18. CUELLO Y PUÑOS DE ENCAJE.

Sobre un vestido de terciopelo y faya en combinacion, se coloca este cuello de encaje inglés con puños correspondientes guarnecidos de encaje igual, ligeramente fruncido.

19 Y 20. ABANICO Y MITONES DE ENCAJE.

El encaje lo invade todo, y este grabado presenta un abanico con pié de marfil y paño de encaje, y mitones correspondientes. Como es muy difícil que los mitones ciñan bien la mano, se sujetan de la muñeca con elásticos de seda blancos ó cintas de color.

19 Y 20. VESTIDO DE CÔRTE.

(Croquis del manto en el pliego por el revés, núm. XIV, fig. 61.)

Para satisfacer pedidos de algunas suscriptoras, ofrecemos modelo de un vestido con manto de corte. La falda se corta nalgada, con pequeña cola, en raso, cubierta por ruches de tul ó por encajes, y los grabados presentan el cuerpo de peto por delante y por detrás, adornado igualmente de encajes. El manto, que lleva su cintura especial para ponerle debajo del cuerpo, se hace siempre de tela pesada como raso, terciopelo ó faya, y se adorna alrededor con encajes, ruches ó flores. El modelo que presentamos es de raso azul pálido con rizados de tul blanco y grupos de flores y yerbas acuáticas. El núm. 19 lleva en lugar de ruches, orillas de blondas perladas.

JOAQUINA BALMASEDA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



Otra vez tenemos el gusto de insertar un notabilísimo trabajo de una niña de pocos años, Emilia Torres y Caló, hija de la inspirada poetisa que suele honrar las páginas de EL CORREO con sus sentidas composiciones. Es

una traduccion del italiano perfectamente hecha, y que sin duda leerán con sumo gusto nuestras suscriptoras.

DANTE ALIGHIERI

(Traduccion del italiano.)

En el mes de Mayo de 1265 nació Dante Alighieri en Florencia, un año antes de que volviera á entrar el partido güelfo, al cual se habian afiliado sus mayores y debia afiliarse aquél, partido que por segunda vez habia sido rechazado de Florencia el día 4 de Setiembre de 1260, despues de la batalla de Montaperti, en donde llevaron la victoria los gibelinos, ayudados por el rey Manfred, á los que dominaron hasta que en contra de dicho rey invadió la Italia Carlos d'Angiú, que lo combatió y lo venció el 26 de Febrero de 1266, triunfando sobre el gibelino en casi toda Italia, pero más particularmente en Florencia.

Nacido con mediana fortuna, pero suficiente para vivir con desahogo, fué en su adolescencia enseñado liberalmente, y (según dice Leonardo Aretini, que entre otros escribió su vida), dado á los preceptores de las letras.

Su padre Alighieri no quiso privarle de nada en su primera edad, animado por sus parientes y por Brunetto Satini, valerosísimo hombre según aquel tiempo, no solamente en literatura, sino en otros estudios libres, el que se dedicó á enseñárselos no dejando nada de lo que podia servir para formar de él un hombre excelente (1).

Aún no habia salido de su pubertad, se sintió dominado por el amor, el cual le bastó para embellecer cada obra suya, la mayor de todas, el *Poema*, donde aquel amor, enlazándose con todos sus santos afectos, apareció vestido de poesia inmortal.

Entonces tenian costumbre los florentinos de festejar el primer día de Mayo para saludar la primavera con cantos y bailes por las calles al aire libre, en distintas compañías, siendo en una de estas fiestas, según parece, en la del año 1274, cuando encontró á Beatriz Portinari, niña á su parecer, y se enamoró, como he dicho, de ella.

El Boccaccio refiere este encuentro de la manera siguiente: "Falco Portinari, hombre bastante honorable en aquel tiempo, habia invitado á algunos de sus vecinos para festejar aquel día, entre los que se hallaba el joven llamado Alighieri, cuyo nono año no habia aún terminado.

Mezclado entre los otros de su edad, de los cuales habia tantos varones como hembras; servidas las mesas, empezó á entretenerse con los otros en aquello que en su poca edad podia hacer. Estaba entre la turba de jovenitos una hija del ya arriba dicho Falco, cuyo nombre era Bice (que así la llamaban, esto es, Beatriz), que contaria próximamente ocho años de edad, muy linda y hermosa para su niñez, y en sus actos gentil y muy agradable, con costumbres mucho más graves y modestas que las que su poca edad requería, por lo que en general la consideraban como una angelical criatura.

Esta, que era del modo que la describo y aún quizá más bella, apareció en aquella fiesta bastante encantadora para enamorar con sus atractivos á nuestro Dante, el que aunque niño, grabó en su corazon la imagen de ella, con tanto afecto, que desde aquel día no la separó jamás, (2).

Esa imagen formó en su corazon y en su mente la verdadera poesia, y desde entonces no hizo más que lo que le dictaba el amor.

Con esta niña delante de los ojos de su fantasia, escribió sus primeros versos, á los que, como se usaba entre los poetas, respondieron con otros versos Guido Cavalcanti, el mayor entre los que habia ántes que él, Cino de Pistoja y Dante de Majano, los cuales, menos este último, si bien que era niño, lo trataron del modo que convendría á uno que también por edad fuese como ellos. Entonces tenia nueve años y ya era poeta y amaba.

Beatriz fué, pues, verdaderamente la señora de sus pensamientos y de sus amores, y en toda su vida, en medio de sus grandes iras y de sus nobles desdenos, siempre respandecía la angelica belleza de aquella que le habia enseñado á ser fuerte en la próspera y adversa fortuna.

La historia de este amor no podia ser bien escrita sino por el mismo Dante. Por eso compuso aquel áureo libretto de la *Vida Nueva*, casi para consolarse de la muerte de Beatriz, acaecida el 9 de Junio de 1290, diciéndo de ella todo lo más y mejor que podia entonces, y prometiendo referir despues *aquello que nunca fué dicho de ninguna otra*. Y con estas últimas palabras siempre pareció á todos que el pensamiento de su gran poema era Beatriz, en el que tiene tanta parte y está introducida para representar todo lo que hay allí de más notable.

Y este amor fué tan puro de todo pensamiento terreno,

(1) Leonardo Aretini; *Vida del Dante*. Principias á *La divina comedia*.

(2) Boccaccio *Vida del Dante*.

que hasta da á entender con tal escrito que Beatriz murió pura á pesar de su union con Simon Bardi á principio del año 1288; y para que la gente no se apercibiera de este amor suyo, y quizá para que no pensasen mal de aquella fingió afecto hacia otras mujeres, á las que hizo versos, ocupando ella sola, sin embargo, su corazón.

Nel reame ove gli augeli hanno pace.

Después de haber llorado y desahogado el dolor, buscó consuelo en los estudios y se dedicó á llenar el alma con otros pensamientos leyendo al Boezio y al Tulio; pero esta hecho para amar, le conduce casi contra su voluntad á hacerse feliz con la contemplación de otra mujer joven y muy hermosa que se le había aparecido á la vista para tener piedad de sus males, y por la que le pareció sentir el mismo amor que tanto le hacía llorar; y aquí tiene lugar uno de aquellos combates en los que el hombre débil se pierde; pero Dante trae nuevas fuerzas y nuevo vigor dispuesto á elevarse más.

La *Vida Nueva*, ó libro de sus amores, fué escrito en los últimos días de 1292 ó al principio de 1293.

En este mismo año, para consuelo de sus parientes y demás amigos, á los que les dolía "el verlo tan transformado de como solía ser" (1), fué inducido á tomar mujer y se desposó con Gemma Donati, hija de Manetto, de familia noble y poderosa, de la que era principal señor Corso Donati, que había sido autoridad y capitán de la reserva en Campaldino y que fué después cabeza de partido.

Gemma le dió siete hijos y de ellos una sola mujer, á la que fué puesto el nombre de Beatriz, señal cierta de que el afecto del Dante para su Beatriz no era desconocido de Gemma, la que también debía saber antes, que por ella no olvidaría á la mujer muerta.

Muchos, y especialmente el Boccaccio, no hicieron buen retrato de la Gemma; pero vistos bien sus actos, no podemos decir otra cosa sino que ella no fué y no podía ser la inspiración del Dante. Mujer tomada más bien por consejo que por amor, escogida para tener cuidado de la casa y de la persona del Dante, y no para despertarle en el corazón un afecto que ya le embargaba demasiado.

La historia del Dante es toda de amor y de grandes dolores; lo uno y lo otro hechos inmortales en sus no menos inmortales obras, en las que nunca se penetra bien á fondo sin vislumbrar este amor suyo y darse razón de sus sufrimientos, los que verdaderamente comenzaron cuando viendo el amor de Beatriz bulleron en su ánimo ardiente los espíritus de partido y el de su patria, y fué conducido por aquel camino de moderación, de exageración, de deseos, de miedo y de desconfianzas.

El primer paso que dió de la vida contemplativa á la vida activa, de los estudios á la acción, fué verdaderamente hermoso y digno de él como ofrenda voluntaria de su existencia por su partido; al que le debía sacrificar después todo lo que le era más querido.

Estaban escogiendo en Florencia los guerreros, que entonces se llamaban *feditori*, para empeñar la batalla con el enemigo, la que se preparaba en concordia con las otras ciudades güelfas, é ir contra Arezzo, que dos años antes, en 1287, de Güelfa se había hecho Gibelina por obra principalmente del obispo Ubertino de Pazzi. Estos *feditori* eran escogidos por capitanes de cada orden de la ciudad. "Y siendo, dice Villani, Sr. Vieri de Cerchi uno de ellos, no dejó por esto de ser de los *feditori*, y conviniéndole elegir por su orden, nada quiso de aquello que fuese gravoso á su voluntad.

"Ya fuese por su buen ejemplo ó por vergüenza se afiliaron á los *feditori* muchos otros nobles ciudadanos."

Entre los que siguieron á aquél fué uno Dante, que después debía ser el más noble de todos, el buscado con más deseo entre las filas de aquellos soldados que más tarde combatieron y vencieron á los Aretini en la gloriosa jornada de San Barnaba el 11 de Junio de 1289, en un lugar que se llama Campaldino junto á Poppi."

Verdaderamente grande fué la acción de Vieri, y premio condigno á tantos hombres, el tener en su tropa al conciudadano más italiano de todos los italianos de entonces y después.

El mismo narra este hecho en una epístola suya, en que confiesa simplemente "haber tenido al principio mucho temor y al fin grandísima alegría por los varios casos de la batalla." Pero según dice esto, declara no haberse encontrado niño en manejar las armas, de cuyas palabras se puede deducir que entonces no era la primera vez que había combatido.

Por esta victoria contra los Aretini hubo gran fiesta y alegría; y podíase hacer, añade aquí el Villani, porque en dicha derrota quedaron muchos capitanes y valientes hombres del partido Gibelino enemigos del vecindario de Florencia, y abatido el orgullo y la soberbia no sólo de los Aretini sino de todo el partido Gibelino y del imperio.

(3) Boccaccio *Vida del Dante*.

En la empresa contra Arezzo estaba Dante al lado de Corso Donati, entonces autoridad de Pistoja, y el que dirigía por este motivo á los Pistojeses, debiéndose á él antes que á otro el éxito de la jornada, cometiendo una de aquellas indisciplinas que no son excusadas sino por el buen efecto que ellas producen.

La indisciplinada fué que á pesar de la orden que había de estar quieto y no herir bajo pena de muerte, cuando vió comenzada la batalla dijo como valiente caballero: "Si nosotros perdemos, yo quiero morir con mis conciudadanos, quien me quiera venga, pues, con nosotros á Pistoja para la condenación," y se puso en movimiento con su tropa y *fedio*.

Ordenada la república en Florencia el año 1293, todos los caballeros pretendieron ser grandes, pero sin que lo pudieran ser los señores ni los Gonfaloneros de justicia. "Era, como se vé, el triunfo del pueblo sobre los nobles, la victoria de Giano de la bella sobre Corso Donati. A tales órdenes obedecieron por fuerza los grandes.

Esto fué para Dante un verdadero modo de dedicarse á los oficios públicos y hacerlo como saben y pueden los hombres parecidos á él; esto es, con toda el alma, con toda la vida. Y en efecto, también el Boccaccio dice que se dió todo *con abandonadas riendas* al gobierno de la república. "Él fué en esto, añade, de tanta fortuna, que ninguna delegación se escuchaba ó á ninguna se respondía, ninguna ley se reformaba, ninguna se derogaba, ninguna paz se hacía, ninguna guerra pública se efectuaba, y, brevemente, ninguna deliberación de alguna importancia tenía lugar si él no daba su voto" (1).

Desempeñó por encargo de la república varias embajadas (el Filelfo dice que fueron catorce), y muchos cargos públicos en los años transcurridos desde 1293 al 1299.

El partido Güelfo, que se enseñoreaba en Florencia, estaba subdividido en blanco y negro, nueva enfermedad que sufría en el tiempo que aquél quería curar de ella á Pistoja, donde esta nueva división [de blancos y negros] no existía. El partido blanco se puede decir que fué el Güelfo, esto es: el partido popular puro.

El partido negro, en vez de querer reformar, se puede decir que era el de los Güelfos, descontentos de los grandes que no se habían adaptado á ser populares; de Güelfos nuevos que aún entonces no se habían despojado de los viejos pensamientos y de las viejas ambiciones de los Gibelinos.

Habiendo visto Dante la luz cuando el partido Güelfo estaba en su triunfo, y habiendo crecido durante su apogeo, se mantuvo fiel á él, hasta que abusando éste de un modo extraordinario, mereció ser despreciado por el mismo Dante; el que conociendo cuán vanos eran todos sus propósitos para poner en concordia los dos partidos ó al menos para mantener con sabia moderación el que le era más querido, dejó todo cargo público retirándose á la vida privada, con el objeto de formar un partido por sí mismo.

Victorioso el partido negro en Abril de 1302, Dante fué condenado á sufrir el destierro en unión de otros seiscientos hombres que siguieron padeciendo por el mundo unos por aquí y otros por allá. Pero Dante no solamente fué comprendido en esta condena general de su partido, sino que tuvo dos condenas especiales y anteriores, una del 27 de Enero y otra del 10 de Marzo de aquel año. Así fué que mereció más pena que ninguno de todos los otros blancos y que todo el partido junto.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

(Se continuará.)

A LOS POETAS ESPAÑOLES

con motivo de la sentida muerte del eminente escritor

D. NARCISO SERRA.

Poesía leída con extraordinario aplauso por la eminente actriz Doña Carolina Civi en el teatro de Apolo de Valencia, en la noche del 29 de Octubre de 1877.

Baja rauda inspiración

E inflama mi fantasía,

Para que en esta ocasión

Pulse la lira que un día

Pulsé en honor de Breton.

Desciende sobre mi frente

Para que sin vacilar

Cual desbordado torrente,

Pueda mi labio expresar

La pena que el pecho siente.

¡Serra!... El insigne escritor

Que su vida transcurrir

Vió en el lecho del dolor,

Como deshojada flor,

Ha dejado de existir!

¡Ha muerto, es cierto, mas no

Murió su nombre que aclama

El mundo que él ilustró;

(4) *Vida del Dante*.

Porque en su templo la fama
Con su buril lo esculpió.

Vates de la hispana tierra
Que bellas flores vertéis
En la tumba que le encierra,
¡Vosotros sólo sabéis
Quién era Narciso Serra!...

Jóven llególe á cegar
De la gloria el arrebol,
Y exclamó sin vacilar:
"¡Quiero cual bueno luchar
Por el honor español!"

Y ora poeta ó soldado,
El gozo fué de las gentes,
Que aplaudían con agrado,
Las *patronas* y *asistentes*
Que en sus obras ha copiado.

Pues si triunfos alcanzaba
Por su talento fecundo,
Muchos más lauros lograba
Porque el *teatro* estudiaba
En el teatro del mundo!

Con su claro entendimiento
En *Luz y sombra* adquirir
Él supo aplausos sin cuento,
Sabiendo del pecho herir
Las fibras del sentimiento!

Él con gracejo y cultura
Y con ingenio además,
Grato solaz nos procura
En la chispa y travesura
Que campea en *Don Tomás*.

Y él en sus versos también
En donde su número brilla,
Nos encanta y maravilla
Pintando á Cervantes en
El loco de la guardilla.

Español de corazón
A su patria siempre fiel
Quiso dar su galardón
Y sus obras como él
Españolas todas son!

Pero un día... ¡pobre Serra!
Él que tanto había velado
Como poeta y soldado
Por el lustre de su tierra
Se encontró pobre y baldado!

Entonces fija en el Cielo
La vista y en actitud
Humilde, lleno de anhelo,
Demandábale salud
A la Virgen del Consuelo.

Y con el triste ademán
Del que compasión invoca,
Gemía Serra en su afán
Sin un pedazo de pan
Para llevar á la boca!

Y en tanto que le olvidaba
El público que aplaudía
Sus comedias, no pensaba
Que mientras él se reía
Su misero autor lloraba.

Vates de la hispana tierra
Que bellas flores vertéis
En la tumba que lo encierra,
¡Vosotros sólo sabéis
Quién era Narciso Serra!

Vosotros debéis honrar
De este mártir la memoria,
Pues no debéis olvidar
Que en la senda de la gloria
Suelen espinas brotar.

J. E. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

REALIDAD.

Dicen los vates que la vida es sueño...
¡Qué gana de mentir!
Cuántos bienes la mente soñaría
A ser soñar, vivir!

Soñaría la mía, aplausos, gloria,
Y dichas del amor,
Léjos del mundo, cual las tiene el ave,
Cual las goza la flor;
Adonde no llegara la calumnia,
Ni la envidia, ni el mal,
Ni el desengaño que destroza el alma
Matando el ideal...

Más ¡ay! como la vida no es un sueño
Me hace ver la razón
Que entre envidia la gloria resplandece
Y es llanto la pasión!



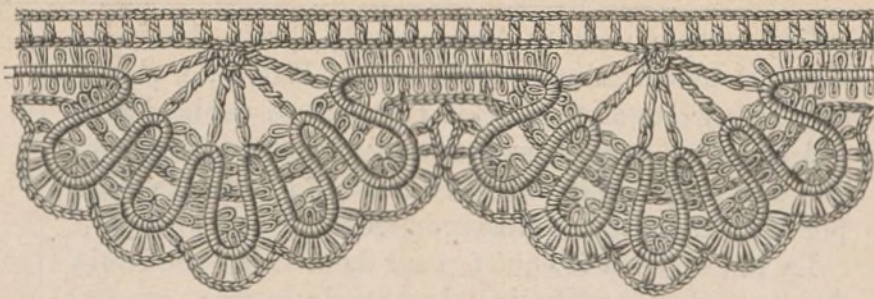
4. Peinado para baile. (Véase el núm. 5.)

UNA SONRISA DEL ALBA.

(Continuación)

Desde que vinisteis á estableceros aquí, dijo la esposa del carpintero, conocimos que la desgracia había blanqueado vuestros cabellos, y las lágrimas habían quemado vuestras mejillas: muchas veces al rezar con nuestros hijos les decíamos; rezad queridos por el forastero que debe haber padecido mucho, por que los ángeles todo lo alcanzan de Dios y vosotros tal vez alcanzareis su consuelo.

—Yo admiro esas santas costumbres que rigen vuestra vida, repuso el forastero misterioso, y si todos los padres enseñasen tal ejemplo y tales máximas á sus hijos, semejante educación haría hermanos á todos los hombres, como Jesucristo lo manda en su doctrina.



3. Puntilla de crochet y trenilla Cluny.

—Mirad caballero, exclamó el joven, nuestros hijos son buenos por que así lo ha querido Dios para nuestra completa dicha, pero creo que mucho hace tener una madre como la que tienen, que si no estuviera delante... — Calla hombre, dijo ruborizándose su digna compañera, calla, que las madres según yo creo serán todas iguales, y no existe el mérito que tú dices, en cumplir con los deberes de esta vida para que luego Dios nos de otra mejor.



Camiseta plegada.



5. Peinado para baile, (Véase el núm. 4.)

amistad impregnándose en vuestras costumbres saludables, para saber aprovechar lo que me resta de vida haciendo algún bien, ya que habeis conmovido á tiempo mi corazón. Sois dignos de que os comunique á grandes rasgos la causa de mi desgracia, y voy á hacerlo así, para que disculpeis mi retraimiento y sobre todo para que rogéis á Dios por mí, y que termine la obra que hoy ha comenzado, pues necesito el auxilio de nuestra religión para no zozobrar en mi camino. Todos se dispusieron complacidos á escuchar al incógnito. Los esposos acercáronse al caballero para no perder una sola de sus frases, los niños se aproximaron más á su madre que haciéndoles una caricia les impuso silencio, y aquella buena familia esperó con afán la narración de su nuevo amigo, para



9. Cuerpo con postillon.



7. y 8. Collar y corona para baile.

—Señor, añadió el simpático carpintero con la viveza de la juventud, yo veo que no son todas las mujeres como ella, ni todos los matrimonios como el nuestro.

—Bien, repuso su mujer interrumpiéndole, no acuses á nadie, cada cual con sus defectos ó con sus virtudes que Dios los proteja.

—Sí, murmuró él, pero ya ves que hay familias que nada les falta y por desear más, y por alimentar la envidia en su seno, pierden la tranquila paz que podían disfrutar. Nosotros nada queremos más que salud y trabajo, que luego en nuestra vejez, nuestros hijos harán con sus padres, lo que ésta y yo hicimos con los nuestros, que fué sostenerlos lo mejor posible en su ancianidad.

—No sabeis lo que teneis con el tesoro de virtud que practicais, no sabeis lo hermoso que es encontrar en el hogar de los pobres una felicidad que humilla al rico que no sabe ni puede comprarla con su oro. Yo tengo desde hoy á mucho honor, continuó diciendo el caballero, participar de vuestra



10. Cuerpo breton.



EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras.

Calle de la Montera, número 11. Madrid.

tomar
"Na
abras
á mis
vertia
lencia
eran s
piran
llegue
za á t
satisf

hac
cere
leta
fue
alm
que

tomar una parte activa en su desgracia.
 "Nací en una capital de Andalucía; el sol abrasador de aquel privilegiado país, dió luz á mis pupilas cuando al abrirse á la vida vertían la primera lágrima. Crecí en la opulencia: nada podía desear por que mis deseos eran satisfechos antes de formularlos. Respirando una atmósfera de indolente molición, llegué á esa edad en la que, la mente se lanza á todo lo ideal, á todo lo imposible, no satisfaciéndole á la criatura lo finito. Volé



11. Vestido con doble cuello para niña.
 (Véase el núm. 12.).

hacia las regiones de la fantasía, soñé placeres tan suaves como el aroma de la violeta, soñé dichas tan candentes como el fuego de un volcan. Se despertaron en mi alma los primeros ecos de la pasión y creí que amar, sería ver realizados mis quiméricos sueños. Amé, pero, ay! el fuego del volcan lo apagaron las lágrimas del dolor; y el



13 y 14. Vestido princesa para niña.



15. Arandela para pié de lámpara.

perfume de la violeta se lo llevó en sus alas el huracán de la desgracia.

Uní mi suerte á la de una mujer angelical, cuya sonrisa era tan dulce como la brisa de la tarde cuando besa el cáliz de las flores; y cuya mirada era tan serena, como un rayo de luna reflejando en las cristalinas aguas de un lago.

Fuí feliz, muy feliz durante algún tiempo, que parecióme demasiado corto, y un día... ¡oh Dios mío! me siento morir al recordarlo... un día fatal, per-

dió la luz de su mirada, el encanto de su sonrisa, y.... en una palabra amigos míos, la felicidad de mi existencia.
 ¡Quedé sólo; velando por otro ángel imagen del que voló á los cielos. Aquella criatura que cual ardiente recuerdo creció á mi lado, era pura y hermosa como su madre; yo solo sabía llorar, sólo suspirar por el bien perdido, y ella sólo sabía recoger estas lágrimas y estos suspiros para formar su corazón con melancólicas ideas, que unidas



12. Delantero del vestido núm. 11.

á su imaginación de fuego, llegaron á producirme serios cuidados acerca de su salud. Yo adoraba á mi hija, y quise sacarla de su abstracción viajando y variando de objetos para dar expansión á su alma comprimida en el estrecho límite de nuestra triste soledad. Mas, ¡ay! sus lágrimas me probaron el disgusto con que aceptaba mis proyectos; sólo la obediencia la



16. Vestido para baile, escotado en redondo.



17. Vestido para baile escotado en cuadro.

hacia consentir en ellos. Creí ver algo oculto tras este dolor; indagué, observé, y supe que amaba mi pobre y desgraciada hija, á un hombre que aunque adornado de bellas cualidades y brillante posición, no podría jamás ser su esposo, pues me era imposible consentirlo por ser hijo de mi más cruel enemigo. Mi orgullo y mi loca venganza, fueron más fuertes que mi amor paternal, y castigué á la infeliz criatura que no cometía otro pecado que amar con toda la pureza de su alma, al hombre que la adoraba con toda la vehemencia de una pasión verdadera, profunda y delirante. Traté de persuadir á mi hija; la prohibí aquel amor y la arranqué de un país donde quedaban sus ilusiones y sus recuerdos; donde dejaba el cadáver de su madre y el objeto de su amor.

Mi anhelo salió fallido; lejos de distraerla, la vi languidecer y morir por fin en mis brazos, como muere una débil flor privada del tibio calor del sol y del riego bienhechor de una mano cariñosa. ¡Murió!... El negro crepón de una fatídica soledad extendióse sobre mi alma; volví á mi antigua residencia, como un autómatas movido por hábil mecanismo; allí encontré la frialdad de los sepúlcros, la frialdad de la muerte que yo llevaba en mi corazón. Perdí la fé, olvidé las santas lecciones de mi buena madre; las máximas aprendidas en mi niñez borráronse por completo de mi mente, para dar cabida á ideas de un egoísmo aterrador y de una indiferencia glacial. Desde entonces sólo ví en mis semejantes enemigos, porque no lloraban conmigo, sin pensar, insensato de mí, que yo no sabía llorar con ellos, ni promover su compasión con mi humildad ni con el atractivo de un pesar resignado. Volvíme tético hasta la exageración; no ví más que mi dolor cuando tantos dolores podía haber socorrido atenuando el mío, y sufrí en silencio matando las afecciones de humanidad al ver muertas mis propias afecciones. Olvidé el refugio único de los desgraciados; no acudí á la fuente de los divinos consuelos, y chocábame no recibirlos!...

Pasó algún tiempo. La nieve de la indiferencia íbase deritiendo al calor de ideas benéficas, como la nieve que cubre la campiña se derrite al contacto de los rayos del sol, cuando sufrí mi último golpe de expiación, de castigo y de tormento, para avivar los remordimientos que tanto daño me causaban y hacerme avergonzar de mi conducta, aunque sin lograr todavía convertirme. Supe que el hombre amado por mi hija, aquel desgraciado que tanto la supo adorar, no pudiendo resistir una vida sin atractivos y llena sólo con el recuerdo de una felicidad que había espirado al nacer, ciegos sus ojos á la luz de la verdad, habíase quitado la existencia olvidando que sólo es dueño de arrebatárnosla aquel que nos la concede.

Despertóse en mí la desesperación, y el remordimiento fué tan cruel que quise retirarme de la sociedad, abandonando los atractivos que con mis comodidades pudiera aún tener para mí la peregrinación en este mundo. Yo no sólo había producido el mal transitorio, sino el eterno, pues con mi conducta no sabiendo perdonar, como aconseja nuestra religión, había hecho que se perdiese un alma que tal vez hubiera podido llegar hasta Dios. Yo era culpable, muy culpable, y resolví hacer una vida aislada, pues en medio de la frialdad de mi corazón brotaba el deseo de espiar mis faltas llorando á mis víctimas. Este fué el lugar que escogí para mi retiro; aquí arrastro mi desgracia hace algún tiempo como sabeis. Hoy vuestros hijos han despertado en mí las dormidas sensaciones del bien. Sabré sufrir; sabré conquistar mi perdón y la dicha de los que practican la virtud.

Sólo os ruego que desde este momento seáis mis amigos, puesto que vuestros hijos han salvado mi alma y me devuelven en mis últimos años la tranquilidad.

Calló el misterioso personaje; su mirada dejó ver el brillo de las lágrimas, y reponiéndose continuó:

—No quiero que mi protección humille vuestra honradez; ahora nada necesitáis, sois felices, teneis salud y trabajo, pero si algún día me necesitáis estaré á vuestro lado; hoy os basta vuestra juventud y vuestro amor. Adios, amigos míos, dijo dirigiéndose á los conmovidos esposos que estrecharon su mano con cariñosa efusión. Adios, queridos, añadió besando aquellos ángeles que con su sencillez y bondad le habían regenerado, sed todos tan felices como yo os deseo; rogad porque el Altísimo siga protegiéndome, y no olvideis á vuestro nuevo amigo.

—No os olvidaremos jamás, señor, dijeron los esposos, y tanto nuestros hijos como nosotros pediremos por vuestra dicha, y si algo necesitáis para templar vuestra desgracia y nosotros podemos servirlos será nuestra mayor satisfacción.

El caballero salió dulcemente conmovido de aquella casa donde había respirado la brisa de la dicha, prometiendo ver amenudo á sus nuevos conocidos y á sus pequeños protectores.

Desde aquella mañana irguióse la encorvada figura del triste personaje: se le vió socorrer á los pobres; acudir á la iglesia cuando la vibrante voz de la campana llamaba á los fieles; contemplar con placer los encantos de la naturaleza y gozar, aunque melancólicamente, de las recompensas que el cielo concede al que practica el bien.

—Yo he dejado abatirse mi espíritu, y ahora he de ganar en buenas obras cuanto he perdido con mi anterior inacción.

Esto murmuraba el convertido caballero, que desde entonces gustábase admirar el sublime cuadro de un risueño amanecer, espectáculo que le recordaba aquel feliz acontecimiento.

Yo sólo amaba las sombras, porque de noche lloraba en la soledad de mi alma y de día envidiaba la brillantez de una dicha que no tenía. Ahora si no soy feliz, porque eso es imposible en la tierra, no soy ya desgraciado; aquellos niños me mostraron la fuerza del bien; yo practico la virtud para estar tranquilo, y rezo para ser feliz como ellos me aconsejaron. Mis lágrimas las seca el sol de la caridad, como el sol de la mañana seca esas perlas del rocío que guardan en su cáliz las flores, y que tal vez serán lágrimas que viertan durante la noche.

El que no es bueno no es feliz, solía repetir el incógnito, no olvidaré nunca esta lección inocente que tanto encierra. Mis pesares se atenuan aliviando los de mis semejantes, y soy feliz cuando trabajo en provecho de un desgraciado. Sufriendo resignadamente, encuentro mil atractivos en el fondo de mi dolor. ¡Oh! ¡qué hermoso es hacer bien para aliviar nuestro mal!

Tenía razón el caballero; nada más bello que la virtud, flor del alma que perfuma la existencia del que la posee, mitiga el padecer ajeno y fecundiza el árido desierto de la vida.

MARÍA ANTONIA GONZALEZ DE A.

Zafra y Febrero 1878.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Estos desengaños la hicieron algo más cauta, y cuando su tía la habló con mucho empeño de un joven comerciante de telas, pareció acceder gustosa y aun dió á su prometido mil seguridades de cariño.

Pero quiso su mala estrella que viese muy á menudo en casa de su novio á un elegante caballero, quien por su parte parecía no mirarla con indiferencia.

En una palabra, el día mismo señalado para su boda, Cándida abandonó secretamente la casa de su tía, y fué á instalarse en una habitación bastante suntuosa de la calle de Preciados.

Había preferido su honor, á cumplir los deberes de gratitud, á un porvenir modesto y tranquilo, el derecho de llevar trajes de seda y cubrir con un velo de encaje el estigma de la infamia grabado indeleblemente en su semblante. ¡Su tía la desheredó! El caballero para recompensarla de aquella pérdida la hizo cesión de la casita de la calle de San Vicente y de la que habitaba en la de Preciados.

Así que, cuando sus antiguas amigas huían de ella ó fingían no conocerla, Cándida jugaba orgullosamente con su cadena de oro y se encogía de hombros, en señal de menosprecio.

Además, Cándida albergaba una secreta esperanza: el caballero era viudo con una niña, y ella sabía muy bien que cuando estas uniones clandestinas se consolidan con el tiempo, por más descabelladas que sean, acaban siempre por el matrimonio.

No obstante, habían pasado veinte años, y todos sus manejos no la habían dado ningún resultado positivo. Cándida empezaba á perder la paciencia.

Ya no era joven, ya no era bonita; se había acostumbrado á la abundancia, y sentía que le faltaban consideración y respeto.

Pero el caballero, aunque dominado en parte por ella, era frío, egoísta, irresoluto. Era de aquellos que saben transigir perfectamente con su conciencia, y mediante falsos raciocinios, viven en paz consigo mismos. Si había seducido á Cándida, si la había arrebatado su porvenir, la había dado en cambio dos casas, ¿qué podía, pues, echarle en cara? Afortunadamente, para la grosera delicadeza de Cándida, esto bastaba; pero no bastaba para su ambición. Cándida quería ser su esposa para tener más comodidades, para hacerse mejor lugar entre sus conocidas y para mandar en jefe en su casa.

Atendidas todas estas razones, había decidido que se casara con ella; ¿pero cómo?

El caballero no conocía la religión, y por lo tanto no

tenía confesor; no estaba nunca enfermo y tampoco tenía médico. Despachaba por sí mismo sus negocios, y su secretario no ejercía ninguna influencia sobre él; era altanero é indiferente, y casi nunca hablaba con su ayuda de cámara ni con el aya de su hija.

Cándida no sabía que hacer.

Un día se le ocurrió una idea sumamente luminosa.

El caballero, como todos los egoístas, estaba adherido á sus costumbres y le incomodaban las variaciones.

Cándida pensó en darle celos, en amenazarle con casarse con otro; pero ¿en dónde buscar á ese otro que la hiciese verdaderamente la corte? ¿qué aburriese con su continua presencia á su desdichado amante?

Cándida había engruesado mucho, y no estaba ya en edad de hacer conquistas, fueran del género que fuesen. Además, su posición equívoca era demasiado notoria para que ningún hombre decente se ocupase de ella sin desdoro.

Entonces fijó su atención en Cláudio.

Es verdad que era muy feo, pero al fin era joven, fino é instruido, y contaba diez años menos que ella. Conocía lo precario de su situación y creyó no hallar obstáculos para el logro de su deseo.

No se atrevió, sin embargo, á manifestarle claramente su intención; le hizo muchos arrumacos; le habló de que estaba dispuesta á casarse con un hombre que careciese de bienes de fortuna, y solo le faltó pronunciar el nombre del elegido.

Dicen que no hay peor sordo que el que no quiere oír. Cuando ella creía que Cláudio iba á caer á sus plantas transportado de alegría, el joven, fuese que no la hubiese comprendido ó que no quisiera comprenderla, el caso es que tomó su sombrero y se marchó.

Rabió mucho Cándida con aquel inesperado desengaño; pero pensó luego que no se había ganado Zamora en una hora, y tal vez su visita de aquel día tenía más objeto, que el de reclamar los alquileres atrasados.

Entró, pues, con ademan magestuoso y se sentó sin ceremonias en una silla.

—¡Ola! ¡cerezitas! dijo con grosero sarcasmo, viendo las que Nicolás tenía en la mano. Presumo que ya habrán cobrado ustedes y podrán pagarme lo que me deben.

Lorenza aterrada balbució una excusa.

—¡Oiga! gritó Cándida con tono desabrido, cuando no se tiene dinero para pagar lo que se debe, no se compran golosinas!

—¡Dos cuartos! murmuró la abuela.

—¡Dos cuartos al día hacen dos pesetas al mes, replicó vivamente la casera, enseñadme á mí á contar!

Cerezas, flores, y luego no hay dinero...

—¡Señora, estoy en mi casa! ¡exclamó con dignidad Lorenza!

—¡Ah! ¡ah! ¡su casa de V! ¡me gusta la presunción! atajó Cándida ágridamente. La casa es mía, y también me pertenece cuanto hay en ella, pues si no me pagan ustedes dentro de una hora, mando á los alguaciles que lo embarguen todo.

Al oír aquellas duras palabras, pronunciadas con un tono más duro todavía, los pobres inquilinos se pusieron pálidos y trémulos.

—¡Bah! dijo la abuela procurando sonreír, esto no pasa de ser una amenaza. ¿Cómo podría V. perder á una familia honrada por unos miserables cien reales que no valen la más insignificante de sus pulseras?

Cándida trasportada de cólera, olvidó por un momento su papel de gran señora, y volrió á creerse en la tienda de ultramarinos.

—¿Cómo? gritó poniéndose en jarras. ¿Quién la manda á la vieja hacer esas observaciones?

La casa es mía, y si se me antoja comprar chinitas con el precio de los alquileres, á nadie se le importa.

Cláudio dió algunos pasos hacia ella con el rostro inflamado de cólera.

—Basta señora, exclamó. V. no tiene derecho para venir á insultar las venerables canas de mi abuela.

Nos ha dado V. una hora de tiempo; si pasado este término no encuentro á nadie que quiera prestarme esa suma, puede V. proceder contra nosotros del modo que tenga por conveniente.

Cándida quiso hacer un arrumaco gracioso, é hizo una contorsión ridícula.

—Yo soy muy buena, dijo con tono insinuante fijando sus ojillos grises en el joven. Yo soy muy buena, demasiado buena. Ya sabe V. lo que le hablé el otro día, y una persona que piensa como yo, demuestra tener un corazón sensible y compasivo. Vaya V. á mi casa dentro de una hora, y quizás logremos entendernos. ¿Por qué no ha ido V.? ¿No le he dicho á V. que fuera? Le esperantes de ayer, y ayer, y esta mañana...

—¿Para qué? dijo Cláudio que parecía haberse empeñado en no comprenderla, ¿para qué había de ir si no podía llevarla el dinero?

Cándida se mordió los labios con despecho y se levantó fuera de sí.

—Toda la tarde le doy á V. de término, exclamó con arrebatada furia. Si se pasa sin que V. se digna ir á verme, no se queje V. de las consecuencias.

Y la solterona se abalanzó á la puerta, exponiéndose á romper sus encajes con la precipitación de su remango, y salió refunfuñando de la estancia.

Hubo un largo intervalo de silencio.

Nicolás, que durante esta escena era el que había dado más muestras de cólera é impaciencia, exclamó con voz vibrante:

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Tú, dormir, dijo su madre dándole un beso.

—Y yo ir á vender mi historia de Granada, aunque sea por papel viejo, añadió Claudio suspirando.

Y se dirigió á su gabinete.

—No se aflija V., abuelita mía, dijo Virginia á la bondadosa anciana que lloraba tristemente en un rincón.

—Si Dios fuese servido de llevarme, murmuró esta en voz baja, os libraría de una carga pesada!

Virginia puso un dedo en sus labios señalándola á Nicolás.

La anciana, sintiéndose incapaz de reprimirse, se levantó apresuradamente y salió del aposento.

Entonces Virginia hizo una seña á su madre, y retirándose con ella al otro extremo del cuarto, la preguntó en voz baja.

—¿Cuánto la han dado á V. por mi manteleta?

—Diez reales! Tu sacrificio es casi inútil, pues ni aun podemos pasar tranquilo el día.

—¡Diez reales! exclamó Virginia desconcertada. ¡Qué lástima! ¡era nueva y la hice con tanto afán!

Asomóse una lágrima á sus párpados; pero la rechazó al instante al fondo de su corazón, procurando reemplazarla con una sonrisa.

—Tengamos paciencia, madre mía, repuso con inefable dulzura.

En aquel instante, Claudio salía del gabinete con un abultado manuscrito debajo del brazo.

Al mismo tiempo resonó un grito en la cocina.

Todos se abalanzaron á la puerta.

—¡Lo he cogido! ¡lo he cogido! exclamó la abuela volviendo triunfante y trayendo al pajarillo cogido de las alas.

Ya había olvidado su pesar, y su fisonomía era tan risueña como siempre.

Entregó el pájaro á Nicolás que se sonrió tristemente.

—Ea, dijo Claudio, que participaba del confiado y apacible carácter de su abuela, dispongan ustedes la comida. Pronto volveré y espero que volveré contento...

Y el bondadoso joven dió un tierno beso á cada uno de los individuos de su familia, y salió lleno de esperanza.

Al cabo de un instante, solo se oía en la estancia el monótono canto de la abuela, y el ruido de la aguja que Virginia manejaba con un ardor febril.

CAPITULO II.

UN RAYO DE SOL EN LAS TINIEBLAS.

Tras de la noche llega el día, tras el invierno la florida primavera, tras del llanto la sonrisa. También saldrá de la tumba el espíritu triunfante, para ir á solazarse en los jardines del cielo, único lugar, en donde la dicha y el bien son inmutables.

Sturche.

Era el anochecer de aquel día: el sol iba á esconderse en el occidente, y sus postreros reflejos doraban las altas torres y los remates de las casas.

A esa hora las calles de Madrid se parecen á un embravecido torrente, en el cual las oleadas se chocan, se rechazan, se atropellan; solo que las oleadas están formadas de individuos de todas clases y condiciones que se codean, que se empujan y pasan sin volver atrás la cabeza para ver al infeliz á quien derriban.

A esa hora, Madrid, como todas las poblaciones grandes, es un caos, un verdadero infierno, en donde los transeúntes sufren los tormentos de los condenados; pero que ofrece un esplendoroso cuadro lleno de vida y movimiento.

Y sin embargo, á pesar de esa apariencia, ¡cuántas escenas de luto y amargura debía cubrir la noche que se acercaba, porque la noche es siempre enemiga de los desdichados, y su lúgubre horror agrava los sufrimientos!

En la casita de la calle de San Vicente se representaba una de esas tristesimas escenas, y hacía presentir cuán horrible sería la noche para la pobre familia cuya desgracia he procurado hacerte.

Claudio no había vuelto, y en su lugar los alguaciles habían tomado posesión de la humilde vivienda.

La casera había estado aguardando al óven toda la

tarde, y despechada con su desaire, había resuelto reducirle por medio de la desesperación, ya que no podía conseguirlo de otro modo. Había pensado que cuanto mayor fuera el atropello que cometiese, más pronto le obligaría á implorar misericordia, y á pesar de lo intempestivo de la hora, se empeñó en llevar adelante su idea, y hacer uso de su derecho.

Triste es decirlo, pero la esperanza de una buena recompensa, hace muchas veces que la justicia abrevie los trámites legales y pase por encima de las consideraciones debidas al infortunio.

Un escribano y dos alguaciles estaban procediendo al embargo. Con la malignidad instintiva de las personas groseras; los alguaciles se amparaban con bárbaro placer de los objetos, que aunque tal vez superfluos, eran más caros á aquellos infelices.

Habían tronchado, casi de intento, al pasar, las flores de las macetas, derribando algunos juguetes de china, y se sonreían con infernal complacencia al ver las lágrimas que derramaba Virginia, contemplando aquel destrozo.

El escribano, por su parte, estaba gravemente sentado delante del escritorio de Claudio, é iba anotando los diferentes muebles que componían el ajuar.

Cuando hubo concluido, depuso la pluma en el tintero y dijo con voz breve y chillona.

—Ahora es preciso que desocupen ustedes la casa; tal es la voluntad de la señora. Alega haberles amonestado muchas veces para el pago, y que ustedes han correspondido á sus bondades con menosprecio y burla.

—Nosotros, exclamó Lorenza fuera de sí: ¡oh nó; la señora no dice bien! ¡Nunca hemos empleado más que las súplicas y las lágrimas para diferir el pago!

—En fin, repuso el escribano bruscamente, esta es la orden que hemos recibido. Á Doña Cándida la asiste la justicia, supuesto que ustedes han sido requeridos varias veces en su nombre, sin que nunca hayan querido cumplir sus compromisos.

—¡No hemos querido! objetó dolorosamente Virginia, diga V. que no hemos podido.

—Lo mismo dá, repuso el escribano. El caso es que la señora no admite mas dilaciones, y es preciso que desocupen ustedes la casa cuanto antes!

Lorenza envolvió en una sola mirada á su vieja madre y á sus dos hijos, y dando algunos pasos hacía el escribano, exclamó con las manos juntas y suplicante tono.

—No tenemos parientes ni amigos. ¿Á dónde iremos á buscar un asilo?

—Por Dios, balbucearon al mismo tiempo Virginia y la abuela.

Nicolás nada dijo; pero se retorció las manos entregado á un acceso de cólera violenta.

—Ni por Dios ni por la Virgen, respondió brutalmente el escribano. Hagan ustedes un hatillo con su ropa y en marcha.

—¡Oh, no tiene V. corazón! gritó Lorenza exasperada.

—¡Bueno fuera que lo guardara aún después de veinte años de presenciar escenas como esta! murmuró con sorna el escribano.

Virginia prorumpió en sollozos. ¡Tener que abandonar aquel modesto cuartito en donde había vertido tantas lágrimas! ¡en donde habían sufrido y gozado tanto!

Los viejos y los niños tienen muchos puntos de contacto. Tampoco pudo Severa sobrellevar aquella desdicha, tanto más intensa para ella cuanto era más inesperada, y se arrojó llorando en los brazos de su nieta.

—¡Por ellos! exclamó Lorenza con desesperación.

En aquel momento se entreabrió lentamente la puerta, y un joven adelantó su rubia cabeza por la rendija.

Permaneció un instante perplejo, luego abrió la puerta de par en par, y entró resueltamente en la estancia.

—Tome V., dijo, entregando al escribano trescientos reales, esto por el alquiler. Para V. y los muchachos, esto. Y añadió cien reales á la cantidad indicada.

—¡Caballero! exclamó Lorenza con las mejillas encendidas de rubor. ¡Yo no pido limosna!

—Y no lo es, señora, respondió el joven con mesurado tono. Es una antigua deuda la que pago. Deje V. que se vayan estas gentes, y hablaremos.

Cuando el escribano y los alguaciles se hubieron alejado, repuso con efusión, dirigiéndose á Lorenza, que le miraba confusa y avergonzada.

—Es una deuda del alma la que tengo contraída desde hace muchos años con ustedes; no extrañe V. lo que he hecho; así obró su esposo de V. conmigo en otro tiempo. Caí enfermo, y él se instaló junto á mi lecho, y permaneció allí de noche y de día, hasta que me hubo arrancado á las garras de la muerte.

Yo no lo recuerdo, pero mi padre y mi madre me enseñaron á rezar por él por mañana y tarde; por mañana y tarde á bendecir su nombre.

(Se continuará.)

LAS FOTOGRAFÍAS DE JULIÁ.

Agradablemente sorprendido por la visita que hemos hecho de la notable colección fotográfica que tiene el distinguido artista Sr. D. Eusebio Juliá en la calle del Príncipe, núm. 27, creemos que nos agradecerán esta recomendación las señoras, y especialmente las que tienen niños; pues sabido es el exquisito gusto que muestran todos los retratos de niños que presenta Juliá en las más espaciales y variadas posturas, sin que aparezcan imágenes de muñecos espantados, ó de torcido gesto; siendo, por el contrario, la habilidad principal de Juliá hacer que el aparato fotográfico sirva para dar las bellísimas imágenes infantiles que se ven en su rica colección. En ella hay niños de rostro expresivo y niñas con el aspecto más inocente y encantador, y todo, repetimos, con la naturalidad y gracia, que son los caracteres de la belleza en toda manifestación artística.

Es costumbre por la época de Carnaval vestir á los niños con lindísimos trajes; nada más propio que las familias quieran conservar este recuerdo de sus graciosas criaturas.

Nadie mejor que mi estimado amigo Juliá puede hacer con exquisita paciencia y buen acierto lindísimos retratos miniados, luego en color; y por lo cual, aparte del aprecio que se merece por sus anteriores trabajos este laureado artista, aprovecho gustoso esta ocasión para darle mi más sincera enhorabuena, y no dudo que todas las personas de buen gusto y de la escogida sociedad de Madrid, seguirán favoreciéndole con sus encargos de retratos en todos tamaños.

Antes de concluir, y aunque parezca indiscreto, ¿en qué consistirá que las más bellas, elegantes y distinguidas damas figuran en la numerosa colección fotográfica de Juliá? ¿Y por qué tiene ya una valiosa exposición de los españoles más notables que honran á las letras, las artes, la política y la aristocracia?

Algun imán... misterioso y esencialmente artístico deben tener estas fotografías cuando han convertido á Juliá en un ilustrísimo señor y caballero de varias condecoraciones, y como estas recompensas las debe á su modesto trabajo y no á las soberbias é infamias de la política, por esto los que detestamos á esta última desdichada deidad, tenemos que elogiar á los que contribuyen al verdadero fomento y prosperidad de nuestra querida patria.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

Mas soluciones á la charada *Afeminado* que apareció en el número V de EL CORREO correspondiente al 2 de Febrero, por las Sras. Doña Ubalda Alvarez Robledo de Vila, de Viana; Doña Cándida Rosellon, de Utrera; Doña Ceferina Garcia, de Toro; Doña Elisa Blanco, de Zaragoza y Doña Gregoria Menendez, de Salvatierra.

Soluciones á la charada que apareció en el número VII de EL CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, por las Sras. Doña María Ignacia Martinez, de Tarazona; Doña Antonia Albach, de Tortosa; Doña Josefa Ayuso, de Lorca; Doña Sebastiana Tremmerol, de Jaca; Doña María del Pilar Gutierrez, de Toledo; Doña Justina Quiñones, de Torrelavega; Doña Basilia Sanchez, de Vigo; Doña Gertrudis Toca y Sanchez, de Carcasona, y Doña Telesfora Barrio, de Madrid.

SEVERIANO.

CHARADA.

Con la *prima* consonante
Y la *segunda* vocal
Y la *tercera* que es nota
De la escala musical,
Así unidas con la *quinta*,
El nombre exacto dirán
De un conocido poeta
Y novelista además,
Que no há mucho, bien armado
Se presentó á batallar
Como lidian los ingéñios
Con la pluma, y nada más.
Tercia y quinta, prima y dos
Otro nombre nos dirán,
Nada general por cierto
Pues que no es José ni Juan.
El *todo* ha sido un caudillo
De fortuna en tierra y mar,
Allá por aquellos tiempos
De la ruda era feudal;
Y, según la historia cuenta,
(La verdad en su lugar),
Vino á esta Nueva Castilla
Los sus reales á sentar
Haciéndose soberano
Por su propia voluntad,
Como lo soy yo en mi casa
Con mejor autoridad.

GERÓNIMO S. COUDER.

7 de Junio 1877.

hacía consentir en ellos. Creí ver algo oculto tras este dolor; indagué, observé, y supe que amaba mi pobre y desgraciada hija, á un hombre que aunque adornado de bellas cualidades y brillante posición, no podría jamás ser su esposo, pues me era imposible consentirlo por ser hijo de mi más cruel enemigo. Mi orgullo y mi loca venganza, fueron más fuertes que mi amor paternal, y castigué á la infeliz criatura que no cometía otro pecado que amar con toda la pureza de su alma, al hombre que la adoraba con toda la vehemencia de una pasión verdadera, profunda y delirante. Traté de persuadir á mi hija; la prohibí aquel amor y la arranqué de un país donde quedaban sus ilusiones y sus recuerdos; donde dejaba el cadáver de su madre y el objeto de su amor.

Mi anhelo salió fallido; lejos de distraerla, la vi languidecer y morir por fin en mis brazos, como muere una débil flor privada del tibio calor del sol y del riego bienhechor de una mano cariñosa. ¡Murió!... El negro crepón de una fatídica soledad extendióse sobre mi alma; volví á mi antigua residencia, como un autómatas movido por hábil mecanismo; allí encontré la frialdad de los sepulcros, la frialdad de la muerte que yo llevaba en mi corazón. Perdí la fé, olvidé las santas lecciones de mi buena madre; las máximas aprendidas en mi niñez borráronse por completo de mi mente, para dar cabida á ideas de un egoísmo aterrador y de una indiferencia glacial. Desde entonces sólo ví en mis semejantes enemigos, porque no lloraban conmigo, sin pensar, insensato de mí, que yo no sabía llorar con ellos, ni promover su compasión con mi humildad ni con el atractivo de un pesar resignado. Volvíme tético hasta la exageración; no ví más que mi dolor cuando tantos dolores podía haber socorrido atenuando el mío, y sufrí en silencio matando las afecciones de humanidad al ver muertas mis propias afecciones. Olvidé el refugio único de los desgraciados; no acudí á la fuente de los divinos consuelos, y chocábame no recibirlos!...

Pasó algún tiempo. La nieve de la indiferencia íbase deritiendo al calor de ideas benéficas, como la nieve que cubre la campiña se derrite al contacto de los rayos del sol, cuando sufrí mi último golpe de expiación, de castigo y de tormento, para avivar los remordimientos que tanto daño me causaban y hacerme avergonzar de mi conducta, aunque sin lograr todavía convertirme. Supe que el hombre amado por mi hija, aquel desgraciado que tanto la supo adorar, no pudiendo resistir una vida sin atractivos y llena sólo con el recuerdo de una felicidad que había espirado al nacer, ciegos sus ojos á la luz de la verdad, habíase quitado la existencia olvidando que sólo es dueño de arrebatárnosla aquel que nos la concede.

Despertóse en mí la desesperación, y el remordimiento fué tan cruel que quise retirarme de la sociedad, abandonando los atractivos que con mis comodidades pudiera aún tener para mí la peregrinación en este mundo. Yo no sólo había producido el mal transitorio, sino el eterno, pues con mi conducta no sabiendo perdonar, como aconseja nuestra religión, había hecho que se perdiese un alma que tal vez hubiera podido llegar hasta Dios. Yo era culpable, muy culpable, y resolví hacer una vida aislada, pues en medio de la frialdad de mi corazón brotaba el deseo de espiar mis faltas llorando á mis víctimas. Este fué el lugar que escogí para mi retiro; aquí arrastro mi desgracia hace algún tiempo como sabeis. Hoy vuestros hijos han despertado en mí las dormidas sensaciones del bien. Sabré sufrir; sabré conquistar mi perdón y la dicha de los que practican la virtud.

Sólo os ruego que desde este momento seáis mis amigos, puesto que vuestros hijos han salvado mi alma y me devuelven en mis últimos años la tranquilidad.

Calló el misterioso personaje; su mirada dejó ver el brillo de las lágrimas, y reponiéndose continuó:

—No quiero que mi protección humille vuestra honradez; ahora nada necesitáis, sois felices, tenéis salud y trabajo, pero si algún día me necesitáis estaré á vuestro lado; hoy os basta vuestra juventud y vuestro amor. Adios, amigos míos, dijo dirigiéndose á los conmovidos esposos que estrecharon su mano con cariñosa efusión. Adios, queridos, añadió besando aquellos ángeles que con su sencillez y bondad le habían regenerado, sed todos tan felices como yo os deseo; rogad porque el Altísimo siga protegiéndome, y no olvideis á vuestro nuevo amigo.

—No os olvidaremos jamás, señor, dijeron los esposos, y tanto nuestros hijos como nosotros pediremos por vuestra dicha, y si algo necesitáis para templar vuestra desgracia y nosotros podemos servir os será nuestra mayor satisfacción.

El caballero salió dulcemente conmovido de aquella casa donde había respirado la brisa de la dicha, prometiendo ver amenudo á sus nuevos conocidos y á sus pequeños protectores.

Desde aquella mañana irguióse la encorvada figura del triste personaje: se le vió socorrer á los pobres; acudir á la iglesia cuando la vibrante voz de la campana llamaba á los fieles; contemplar con placer los encantos de la naturaleza y gozar, aunque melancólicamente, de las recompensas que el cielo concede al que practica el bien.

—Yo he dejado abatirse mi espíritu, y ahora he de ganar en buenas obras cuanto he perdido con mi anterior inacción.

Esto murmuraba el convertido caballero, que desde entonces gustábase admirar el sublime cuadro de un risueño amanecer, espectáculo que le recordaba aquel feliz acontecimiento.

Yo sólo amaba las sombras, porque de noche lloraba en la soledad de mi alma y de día envidiaba la brillantez de una dicha que no tenía. Ahora si no soy feliz, porque eso es imposible en la tierra, no soy ya desgraciado; aquellos niños me mostraron la fuerza del bien; yo practico la virtud para estar tranquilo, y rezo para ser feliz como ellos me aconsejaron. Mis lágrimas las seca el sol de la caridad, como el sol de la mañana seca esas perlas del rocío que guardan en su cáliz las flores, y que tal vez serán lágrimas que viertan durante la noche.

El que no es bueno no es feliz, solía repetir el incógnito, no olvidaré nunca esta lección inocente que tanto encierra. Mis pesares se atenuan aliviando los de mis semejantes, y soy feliz cuando trabajo en provecho de un desgraciado. Sufriendo resignadamente, encuentro mil atractivos en el fondo de mi dolor. ¡Oh! ¡qué hermoso es hacer bien para aliviar nuestro mal!

Tenía razón el caballero; nada más bello que la virtud, flor del alma que perfuma la existencia del que la posee, mitiga el padecer ajeno y fecundiza el árido desierto de la vida.

MARIA ANTONIA GONZALEZ DE A.

Zafra y Febrero 1878.

EL BÁLSAMO DE LAS PENAS

NOVELA DE COSTUMBRES

Original

DE ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Estos desengaños la hicieron algo más cauta, y cuando su tía la habló con mucho empeño de un joven comerciante de telas, pareció acceder gustosa y aun dió á su prometido mil seguridades de cariño.

Pero quiso su mala estrella que viese muy á menudo en casa de su novio á un elegante caballero, quien por su parte parecía no mirarla con indiferencia.

En una palabra, el día mismo señalado para su boda, Cándida abandonó secretamente la casa de su tía, y fué á instalarse en una habitación bastante suntuosa de la calle de Preciados.

Había preferido su honor, á cumplir los deberes de gratitud, á un porvenir modesto y tranquilo, el derecho de llevar trajes de seda y cubrir con un velo de encaje el estigma de la infamia grabado indeleblemente en su semblante. ¡Su tía la desheredó! El caballero para recompensarla de aquella pérdida la hizo cesión de la casita de la calle de San Vicente y de la que habitaba en la de Preciados.

Así que, cuando sus antiguas amigas huían de ella ó fingían no conocerla, Cándida jugaba orgullosamente con su cadena de oro y se encogía de hombros, en señal de menosprecio.

Además, Cándida albergaba una secreta esperanza: el caballero era viudo con una niña, y ella sabía muy bien que cuando estas uniones clandestinas se consolidan con el tiempo, por más descabelladas que sean, acaban siempre por el matrimonio.

No obstante, habían pasado veinte años, y todos sus manejos no la habían dado ningún resultado positivo. Cándida empezaba á perder la paciencia.

Ya no era joven, ya no era bonita; se había acostumbrado á la abundancia, y sentía que le faltaban consideración y respeto.

Pero el caballero, aunque dominado en parte por ella, era frío, egoísta, irresoluto. Era de aquellos que saben transigir perfectamente con su conciencia, y mediante falsos raciocinios, viven en paz consigo mismos. Si había seducido á Cándida, si la había arrebatado su porvenir, la había dado en cambio dos casas, ¡qué podía, pues, echarle en cara? Afortunadamente, para la grosera delicadeza de Cándida, esto bastaba; pero no bastaba para su ambición. Cándida quería ser su esposa para tener más comodidades, para hacerse mejor lugar entre sus conocidas y para mandar en jefe en su casa.

Atendidas todas estas razones, había decidido que se casara con ella; ¡pero cómo?

El caballero no conocía la religión, y por lo tanto no

tenía confesor; no estaba nunca enfermo y tampoco tenía médico. Despachaba por sí mismo sus negocios, y su secretario no ejercía ninguna influencia sobre él; era altanero é indiferente, y casi nunca hablaba con su ayuda de cámara ni con el aya de su hija.

Cándida no sabía que hacer.

Un día se le ocurrió una idea sumamente luminosa.

El caballero, como todos los egoístas, estaba adherido á sus costumbres y le incomodaban las variaciones.

Cándida pensó en darle celos, en amenazarle con casarse con otro; pero ¿en dónde buscar á ese otro que la hiciese verdaderamente la corte? ¡qué aburriese con su continua presencia á su desdenoso amante?

Cándida había engruesado mucho, y no estaba ya en edad de hacer conquistas, fueran del género que fuesen. Además, su posición equívoca era demasiado notoria para que ningún hombre decente se ocupase de ella sin desdoro.

Entonces fijó su atención en Cláudio.

Es verdad que era muy feo, pero al fin era joven, fino é instruido, y contaba diez años menos que ella. Conocía lo precario de su situación y creyó no hallar obstáculos para el logro de su deseo.

No se atrevió, sin embargo, á manifestarle claramente su intención; le hizo muchos arrumacos; le habló de que estaba dispuesta á casarse con un hombre que careciese de bienes de fortuna, y solo le faltó pronunciar el nombre del elegido.

Dicen que no hay peor sordo que el que no quiere oír. Cuando ella creía que Cláudio iba á caer á sus plantas transportado de alegría, el joven, fuese que no la hubiese comprendido ó que no quisiera comprenderla, el caso es que tomó su sombrero y se marchó.

Rabió mucho Cándida con aquel inesperado desengaño; pero pensó luego que no se había ganado Zamora en una hora, y tal vez su visita de aquel día tenía más objeto, que el de reclamar los alquileres atrasados.

Entró, pues, con ademan magestuoso y se sentó sin ceremonias en una silla.

—¡Ola! ¡cerezitas! dijo con grosero sarcasmo, viendo las que Nicolás tenía en la mano. Presumo que ya habrán cobrado ustedes y podrán pagarme lo que me deben.

Lorenza aterrada balbució una excusa.

—¡Oiga! gritó Cándida con tono desabrido, cuando no se tiene dinero para pagar lo que se debe, no se compran golosinas!

—¡Dos cuartos! murmuró la abuela.

—¡Dos cuartos al día hacen dos pesetas al mes, replicó vivamente la casera, enseñándole á mí á contar!

Cerezas, flores, y luego no hay dinero...

—¡Señora, estoy en mi casa! ¡exclamó con dignidad Lorenza!

—¡Ah! ¡ah! ¡su casa de V! ¡me gusta la presunción! atajó Cándida ágridamente. La casa es mía, y también me pertenece cuanto hay en ella, pues si no me pagan ustedes dentro de una hora, mando á los alguaciles que lo embarguen todo.

Al oír aquellas duras palabras, pronunciadas con un tono más duro todavía, los pobres inquilinos se pusieron pálidos y trémulos.

—¡Bah! dijo la abuela procurando sonreír, esto no pasa de ser una amenaza. ¿Cómo podría V. perder á una familia honrada por unos miserables cien reales que no valen la más insignificante de sus pulseras?

Cándida trasportada de cólera, olvidó por un momento su papel de gran señora, y volvió á creerse en la tienda de ultramarinos.

—¿Cómo? gritó poniéndose en jarras. ¿Quién la manda á la vieja hacer esas observaciones?

La casa es mía, y si se me antoja comprar chinitas con el precio de los alquileres, á nadie se le importa.

Cláudio dió algunos pasos hacia ella con el rostro inflamado de cólera.

—Basta señora, exclamó. V. no tiene derecho para venir á insultar las venerables canas de mi abuela.

Nos ha dado V. una hora de tiempo; si pasado este término no encuentro á nadie que quiera prestarme esa suma, puede V. proceder contra nosotros del modo que tenga por conveniente.

Cándida quiso hacer un arrumaco gracioso, é hizo una contorsión ridícula.

—Yo soy muy buena, dijo con tono insinuante fijando sus ojillos grises en el joven. Yo soy muy buena, demasiado buena. Ya sabe V. lo que le hablé el otro día, y una persona que piensa como yo, demuestra tener un corazón sensible y compasivo. Vaya V. á mi casa dentro de una hora, y quizás logremos entendernos. ¿Por qué no ha ido V.? ¿No le he dicho á V. que fuera? Le esperé antes de ayer, y ayer, y esta mañana...

—¿Para qué? dijo Cláudio que parecía haberse empeñado en no comprenderla, ¿para qué había de ir si no podía llevarla el dinero?

Cándida se mordió los labios con despecho y se levantó fuera de sí.

—Toda la tarde le doy á V. de término, exclamó con arrebatada furia. Si se pasa sin que V. se digna ir á verme, no se queje V. de las consecuencias.

Y la solterona se abalanzó á la puerta, exponiéndose á romper sus encajes con la precipitación de su remango, y salió refunfuñando de la estancia.

Hubo un largo intervalo de silencio.

Nicolás, que durante esta escena era el que había dado más muestras de cólera é impaciencia, exclamó con voz vibrante:

—Y bien, ¿qué hacemos?

—Tú, dormir, dijo su madre dándole un beso.

—Y yo ir á vender mi historia de Granada, aunque sea por papel viejo, añadió Claudio suspirando.

Y se dirigió á su gabinete.

—No se aflija V., abuelita mia, dijo Virginia á la bondadosa anciana que lloraba tristemente en un rincón.

—Si Dios fuese servido de llevarme, murmuró esta en voz baja, os libraria de una carga pesada!

Virginia puso un dedo en sus labios señalándola á Nicolás.

La anciana, sintiéndose incapaz de reprimirse, se levantó apresuradamente y salió del aposento.

Entonces Virginia hizo una seña á su madre, y retirándose con ella al otro extremo del cuarto, la preguntó en voz baja.

—¿Cuánto la han dado á V. por mi manteleta?

—¡Diez reales! Tu sacrificio es casi inútil, pues ni aun podemos pasar tranquilo el día.

—¡Diez reales! exclamó Virginia desconcertada. ¡Qué lástima! ¡era nueva y la hice con tanto afán!

Asomóse una lágrima á sus párpados; pero la rechazó al instante al fondo de su corazón, procurando reemplazarla con una sonrisa.

—Tengamos paciencia, madre mia, repuso con inefable dulzura.

En aquel instante, Claudio salía del gabinete con un abultado manuscrito debajo del brazo.

Al mismo tiempo resonó un grito en la cocina.

Todos se abalanzaron á la puerta.

—¡Lo he cogido! ¡lo he cogido! exclamó la abuela volviendo triunfante y trayendo al pajarillo cogido de las alas.

Ya había olvidado su pesar, y su fisonomía era tan risueña como siempre.

Entregó el pájaro á Nicolás que se sonrió tristemente.

—Ea, dijo Claudio, que participaba del confiado y apacible carácter de su abuela, dispongan ustedes la comida. Pronto volveré é espero que volveré contento...

Y el bondadoso joven dió un tierno beso á cada uno de los individuos de su familia, y salió lleno de esperanza.

Al cabo de un instante, solo se oía en la estancia el monótono canto de la abuela, y el ruido de la aguja que Virginia manejaba con un ardor febril.

CAPITULO II.

UN RAYO DE SOL EN LAS TINIEBLAS.

Tras de la noche llega el día, tras el invierno la florida primavera, tras del llanto la sonrisa. También saldrá de la tumba el espíritu triunfante, para ir á solazarse en los jardines del cielo, único lugar, en donde la dicha y el bien son inmutables.

Sturch.

Era el anochecer de aquel día: el sol iba á esconderse en el occidente, y sus postreros reflejos doraban las altas torres y los remates de las casas.

A esa hora las calles de Madrid se parecen á un embravecido torrente, en el cual las oleadas se chocan, se rechazan, se atropellan; solo que las oleadas están formadas de individuos de todas clases y condiciones que se codean, que se empujan y pasan sin volver atrás la cabeza para ver al infeliz á quien derriban.

A esa hora, Madrid, como todas las poblaciones grandes, es un caos, un verdadero infierno, en donde los transeúntes sufren los tormentos de los condenados; pero que ofrece un esplendoroso cuadro lleno de vida y movimiento.

Y sin embargo, á pesar de esa apariencia, ¡cuántas escenas de lir y amargura debía cubrir la noche que se acercaba, porque la noche es siempre enemiga de los desdichados, y su lúgubre horror agrava los sufrimientos!

En la casita de la calle de San Vicente se representaba una de esas tristesimas escenas, y hacía presentir cuán horrible sería la noche para la pobre familia cuya desgracia he procurado hacerte.

Claudio no había vuelto, y en su lugar los alguaciles habían tomado posesion de la humilde vivienda.

La casera había estado aguardando al óven toda la

tarde, y despechada con su desaire, había resuelto reducirle por medio de la desesperacion, ya que no podia conseguirlo de otro modo. Había pensado que cuanto mayor fuera el atropello que cometiese, más pronto le obligaría á implorar misericordia, y á pesar de lo intempestivo de la hora, se empeñó en llevar adelante su idea, y hacer uso de su derecho.

Triste es decirlo, pero la esperanza de una buena recompensa, hace muchas veces que la justicia abrevie los trámites legales y pase por encima de las consideraciones debidas al infortunio.

Un escribano y dos alguaciles estaban procediendo al embargo. Con la malignidad instintiva de las personas groseras; los alguaciles se amparaban con bárbaro placer de los objetos, que aunque tal vez superfluos, eran más caros á aquellos infelices.

Habían tronchado, casi de intento, al pasar, las flores de las macetas, derribando algunos juguetes de china, y se sonreían con infernal complacencia al ver las lágrimas que derramaba Virginia, contemplando aquel destrozo.

El escribano, por su parte, estaba gravemente sentado delante del escritorio de Claudio, é iba anotando los diferentes muebles que componían el ajuar.

Cuando hubo concluido, depuso la pluma en el tintero y dijo con voz breve y chillona.

—Ahora es preciso que desocupen ustedes la casa; tal es la voluntad de la señora. Alega haberles amonestado muchas veces para el pago, y que ustedes han correspondido á sus bondades con menosprecio y burla.

—Nosotros, exclamó Lorenza fuera de sí: ¡oh nó; la señora no dice bien! ¡Nunca hemos empleado más que las súplicas y las lágrimas para diferir el pago!

—En fin, repuso el escribano bruscamente, esta es la orden que hemos recibido. Á Doña Cándida la asiste la justicia, supuesto que ustedes han sido requeridos varias veces en su nombre, sin que nunca hayan querido cumplir sus compromisos.

—¡No hemos querido! objetó dolorosamente Virginia, diga V. que no hemos podido.

—Lo mismo dá, repuso el escribano. El caso es que la señora no admite mas dilaciones, y es preciso que desocupen ustedes la casa cuanto antes!

Lorenza envolvió en una sola mirada á su vieja madre y á sus dos hijos, y dando algunos pasos hácia el escribano, exclamó con las manos juntas y suplicante tono.

—No tenemos parientes ni amigos. ¿Á dónde iremos á buscar un asilo?

—Por Dios, balbucearon al mismo tiempo Virginia y la abuela.

Nicolás nada dijo; pero se retorció las manos entregado á un acceso de cólera violenta.

—Ni por Dios ni por la Virgen, respondió brutalmente el escribano. Hagan ustedes un hatillo con su ropa y en marcha.

—¡Oh, no tiene V. corazón! gritó Lorenza exasperada.

—¡Bueno fuera que lo guardara aún despues de veinte años de presenciara escenas como esta! murmuró con sorna el escribano.

Virginia prorumpió en sollozos. ¡Tener que abandonar aquel modesto cuartito en donde había vertido tantas lágrimas! ¡en donde habían sufrido y gozado tanto!

Los viejos y los niños tienen muchos puntos de contacto. Tampoco pudo Severa sobrellevar aquella desdicha, tanto más intensa para ella cuanto era más inesperada, y se arrojó llorando en los brazos de su nieta.

—¡Por ellos! exclamó Lorenza con desesperacion.

En aquel momento se entreabrió lentamente la puerta, y un joven adelantó su rubia cabeza por la rendija.

Permaneció un instante perplejo, luego abrió la puerta de par en par, y entró resueltamente en la estancia.

—Tome V., dijo, entregando al escribano trescientos reales, esto por el alquiler. Para V. y los muchachos, esto. Y añadió cien reales á la cantidad indicada.

—¡Caballero! exclamó Lorenza con las mejillas encendidas de rubor. ¡Yo no pido limosna!

—Y no lo es, señora, respondió el joven con mesurado tono. Es una antigua deuda la que pago. Deje V. que se vayan estas gentes, y hablaremos.

Cuando el escribano y los alguaciles se hubieron alejado, repuso con efusion, dirigiéndose á Lorenza, que le miraba confusa y avergonzada.

—Es una deuda del alma la que tengo contraída desde hace muchos años con ustedes; no extrañe V. lo que he hecho; así obró su esposo de V. conmigo en otro tiempo. Caí enfermo, y el se instaló junto á mi lecho, y permaneció allí de noche y de día, hasta que me hubo arrancado á las garras de la muerte.

Yo no lo recuerdo, pero mi padre y mi madre me enseñaron á rezar por él por mañana y tarde; por mañana y tarde á bendecir su nombre.

(Se continuará.)

LAS FOTOGRAFIAS DE JULIA.

Agradablemente sorprendido por la visita que hemos hecho de la notable coleccion fotografica que tiene el distinguido artista Sr. D. Eusebio Juliá en la calle del Príncipe, núm. 27, creemos que nos agradecerán esta recomendacion las señoras, y especialmente las que tienen niños; pues sabido es el exquisito gusto que muestran todos los retratos de niños que presenta Juliá en las más espaciosas y variadas posturas, sin que aparezcan imágenes de muñecos espantados, ó de torcido gesto; siendo, por el contrario, la habilidad principal de Juliá hacer que el aparato fotografico sirva para dar las bellísimas imágenes infantiles que se ven en su rica coleccion. En ella hay niños de rostro expresivo y niñas con el aspecto más inocente y encantador, y todo, repetimos, con la naturalidad y gracia, que son los caracteres de la belleza en toda manifestacion artística.

Es costumbre por la época de Carnaval vestir á los niños con lindísimos trajes; nada más propio que las familias quieran conservar este recuerdo de sus graciosas criaturas.

Nadie mejor que mi estimado amigo Juliá puede hacer con exquisita paciencia y buen acierto lindísimos retratos miniados, luego en color; y por lo cual, aparte del aprecio que se merece por sus anteriores trabajos este laureado artista, aprovecho gustoso esta ocasion para darle mi más sincera enhorabuena, y no dudo que todas las personas de buen gusto y de la escogida sociedad de Madrid, seguirán favoreciéndole con sus encargos de retratos en todos tamaños.

Antes de concluir, y aunque parezca indiscreto, ¿en qué consistirá que las más bellas, elegantes y distinguidas damas figuran en la numerosa coleccion fotografica de Juliá? ¿Y por qué tiene ya una valiosa exposicion de los españoles más notables que honran á las letras, las artes, la política y la aristocracia?

Algun imán... misterioso y esencialmente artistico deben tener estas fotografias cuando han convertido á Juliá en un ilustrísimo señor y caballero de varias condecoraciones, y como estas recompensas las debe á su modesto trabajo y no á las soberbias é infamias de la política, por esto los que detestamos á esta última desdichada deidad, tenemos que elogiar á los que contribuyen al verdadero fomento y prosperidad de nuestra querida patria.

MIGUEL MARTINEZ GINESTA.

Mas soluciones á la charada *Afeminado* que apareció en el número V de EL CORREO correspondiente al 2 de Febrero, por las Sras. Doña Ubalda Alvarez Robledo de Vila, de Viana; Doña Cándida Rosellon, de Utrera; Doña Ceferina Garcia, de Toro; Doña Elisa Blanco, de Zaragoza y Doña Gregoria Menendez, de Salvatierra.

Soluciones á la charada que apareció en el número VII de EL CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, por las Sras. Doña María Ignacia Martinez, de Tarazona; Doña Antonia Albach, de Tortosa; Doña Josefa Ayuso, de Lorca; Doña Sebastiana Tremmerol, de Jaca; Doña María del Pilar Gutierrez, de Toledo; Doña Justina Quinones, de Torrelavega; Doña Basilia Sanchez, de Vigo; Doña Gertrudis Toca y Sanchez, de Carcasona, y Doña Telesfora Barrio, de Madrid.

SEVERIANO.

CHARADA.

Con la *prima* consonante
Y la *segunda* vocal
Y la *tercera* que es nota
De la escala musical,
Así unidas con la *quinta*,
El nombre exacto dirán
De un conocido poeta
Y novelista además,
Que no há mucho, bien armado
Se presentó á batallar
Como lidian los ingéniros
Con la pluma, y nada más.
Tercia y quinta, prima y dos
Otro nombre nos dirán,
Nada general por cierto
Pues que no es José ni Juan.
El *todo* ha sido un caudillo
De fortuna en tierra y mar,
Allá por aquellos tiempos
De la ruda era feudal;
Y, según la historia cuenta,
(La verdad en su lugar),
Vino á esta Nueva Castilla
Los sus reales á sentar
Haciéndose soberano
Por su propia voluntad,
Como lo soy yo en mi casa
Con mejor autoridad.

GERÓNIMO S. COUDER.

7 de Junio 1877.

CORRESPONDENCIA.

M. J. M.—La única hechura que está hoy de moda es el vestido princesa, con más ó menos recogidos; pero todavía no es posible adivinar cuál será la preferida para la próxima estación.

Quintanar de Valdelucio.—Publicado el pliego de dibujos de este mes, no nos es posible hacer que aparezcan las letras que desea hasta el pliego de Abril, pues si se dibujasen aparte sería mucho su coste.

Alicia.—El vino de champagne se sirve generalmente helado (*frappé*).

Para esto se pone de antemano en un cubo lleno de hielo ó nieve machacada con salitre.

Si se quiere tener en el comedor el cubo ordinario, se mete dentro de otro elegante.

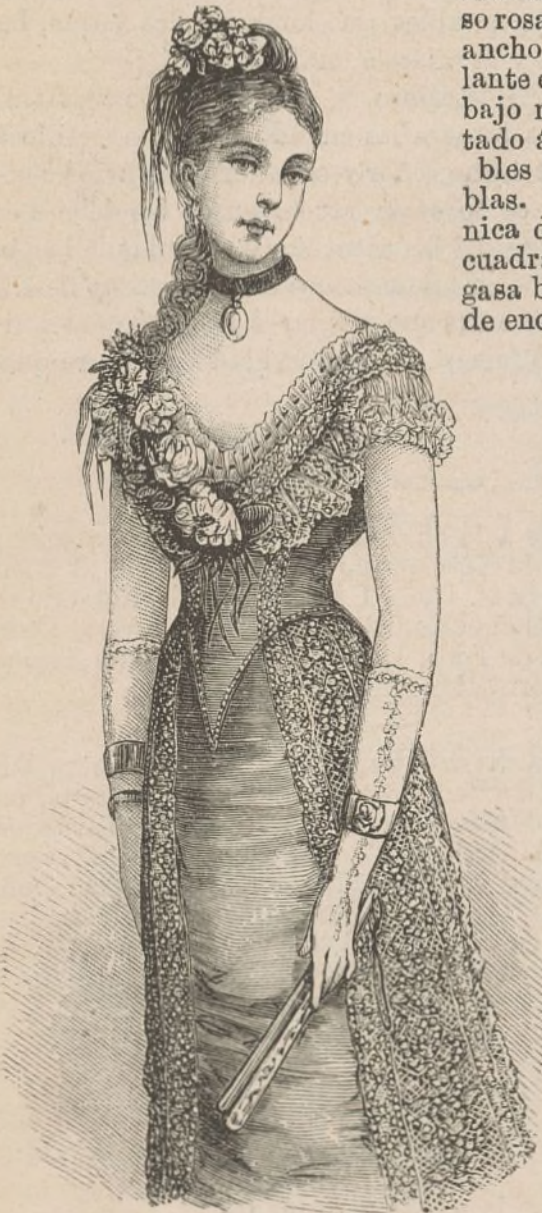
Una joven rubia.—Se llevan muchas peinetas pero no puestas sobre el moño ni á la española, sino aquí y allá sin orden alguno. También se llevan horquillas de bolas de perlas claro de luna ó doradas.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1304.

FIG. 1.^a *Traje de recepcion ó de comida.*—Se compone de una media falda guarnecida con volantes plisés y encima del superior, haciéndole formar dos cabezas, un hermoso galon bordado con perlas serpiente, y de una túnica princesa formando cuerpo con plaston delante y doble túnica por atras, drapeada sobre el costado izquierdo bajo un ancho galon. Cuello y puños de guipure. Grupo de rosas y peineta dorada en el peinado.

FIG. 2.^a *Traje de baile.*—Vestido inferior de raso rosa con

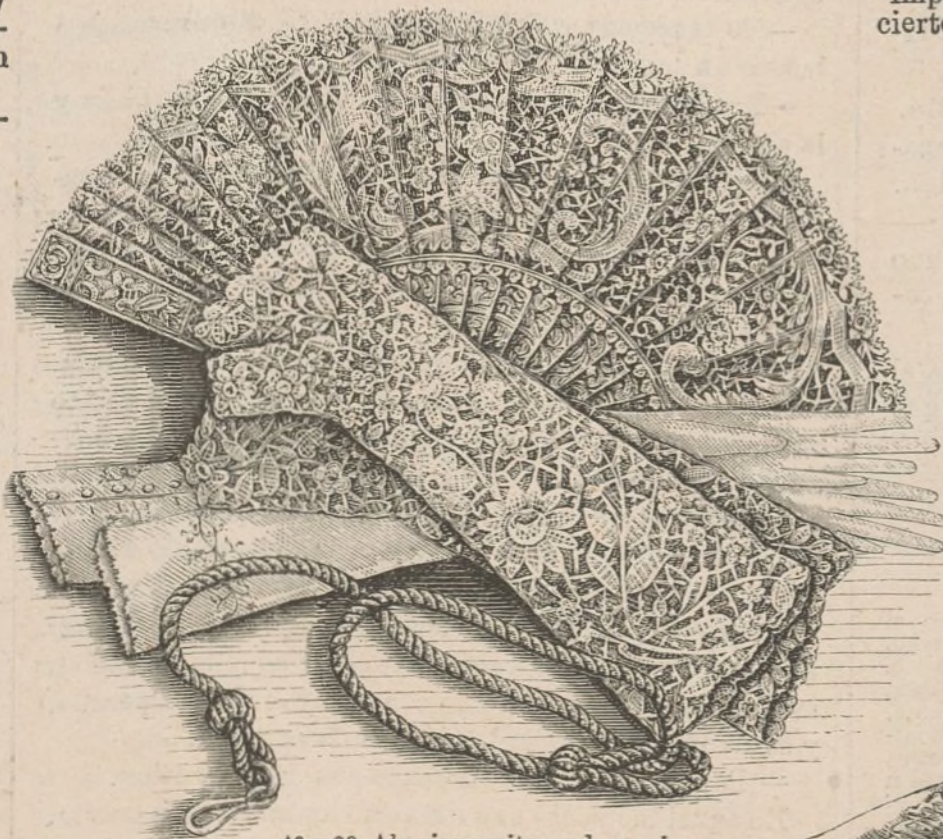
ancho volante en el bajo montado á dobles tablas. Túnica delantal con cola cuadrada por detras de gasa brochada, orillada de encaje y cascadas de cinta de faya y terciopelo granate mezclado con guirnalda de violetas ó pensamientos. Una



19. Vestido para corte. (Véase el núm. 20.)



18. Cuello y puños de encaje.



19 y 20. Abanico y mitones de encaje.



20. Vestido con manto de corte. Croquis del manto en el pliego del 18 de Febrero, por el revés, núm. XIV, fig. 61; de la falda en el número próximo.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1304, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a, el pliego de dibujos.

Editor propietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11, Madrid.

caída igual va puesta en un costado del cuerpo, frac de raso color de rosa con adornos de terciopelo granate. Grupo de violetas en el peinado, collar, brazaletes y abanico de oro.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI
que se hallan de venta en esta
Administracion.

Las riquezas del alma; obra premiada por la Academia Española. Dos tomos, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua; obra premiada por aclamacion en el concurso Jesus Rodriguez Cao. Un tomo, 4 rs.

El que no siembra no coge; novela de costumbres, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Poesías; un tomo, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve; un tomo, 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Marina; un tomo, 8 reales en Madrid y 10 en provincias.

El primer año de matrimonio; un tomo, 5 rs.

LAS DOS PALABRAS.

Hortaleza, I.

Primitiva y acreditada fábrica de corsés, premiada en varias Exposiciones; la inventora y reformadora del *corsé-faja* de salud y del *corsé higiénico* que tantos padecimientos evita á las señoras. Este establecimiento, honrado con la confianza de muchos médicos de Madrid y de provincias, continúa bajo la direccion de Doña Julia de Zugasti, proveedora de S. A. R. la

Princesa de Asturias y sus augustas hermanas, y de muchas de las damas más ele-

gantes de la corte, y ofrece nuevos modelos más perfectos que los construidos hasta aquí para corregir imperfecciones y aliviar ciertos padecimientos, por inveterados que sean.

